

Luis de la Palma



La Pasión del Señor



MATERIALES DE CUARESMA PARA LAICOS EN SALIDA

DE BETANIA A GETSEMANÍ

4º Texto

Itinerario de cinco meditaciones para acompañar a Cristo hasta la hora de su prendimiento. Escritas a partir de los textos del P. Luis de la Palma. Preparadas por la parroquia de Binéfar, del arciprestazgo de Cinca Medio y La Litera, en la diócesis de Barbastro – Monzón.

4ª ETAPA (MARÍA DE NAZARET)

(El lector, acompañado de sus íntimos o solo, procura colocarse ante un crucifijo e inicia su invocación:)

— En el nombre del Padre..., y del Hijo y del Espíritu Santo.

— Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía, Señor, tu Espíritu... y renueva la faz de la tierra.

— Oh, Dios, que llenaste los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo; concédenos que, guiados por el mismo Espíritu, sintamos con rectitud y gocemos siempre de tu consuelo. Por Jesucristo Nuestro Señor... Amén.

(El lector, sentado, inicia dulcemente la lectura del texto).

— La Virgen María no ignoraba la causa por la que el Hijo de Dios se había hecho hombre en sus entrañas. Sabía que era para redimir a los hombres y que, por ello, sufriría un cruel tormento, y derramaría su sangre, y moriría en la cruz. Lo sabía por lo que había leído y meditado en la Sagrada Escritura, aun antes de que su Hijo se encarnara; lo sabía también por la profecía del viejo Simeón, cuando ella y José presentaron a Jesús en el Templo. Y además, lo supo gracias a las frecuentes conversaciones que tendría con su Hijo sobre este tema. Porque si el Salvador advirtió varias veces a sus discípulos sobre su Pasión y su Muerte antes de la Gloria de su Resurrección, ¿cuánto más y mejor lo haría a su Madre, para consolarse y descansar en ella? Y en aquellas largas conversaciones, a solas con ella, le explicaría la Escritura, y así le mostraría mejor la conveniencia de que Cristo padeciese antes de entrar en su gloria.

Los discípulos no entendían este misterio y el Señor no encontraba consuelo al hablar con ellos. La primera vez que se lo dijo, quisieron convencerle de que no debía padecer, eso es lo que intentó Pedro. Cuando volvió a anunciarles su muerte, ya próxima, como vieron que no había esperanza de impedírselo porque el Salvador estaba dispuesto a padecer, se pusieron tristes y se asustaron. Después, mientras rezaba en el Huerto de los Olivos, y ellos estaban ya prevenidos y repetidamente avisados, al verle en aquella agonía y que intentaba consolarse con ellos, “se caían de sueño por la tristeza”. El Señor no podía encontrar descanso en

ellos: unas veces tenía que reprender su celo imprudente, otras, animar su flojera con un consuelo; otras veces tenía que exhortarles con su doctrina y fortalecerles contra la tentación. Si, a pesar de esto, el Señor insistía en confiar su pena y buscar alivio en donde encontraba tan poco, ¿cómo no iba a hacerlo también con su Madre? Le haría saber sus preocupaciones y tristezas, y así descansaría en ella. Le contaría las calumnias y envidias, el odio y la persecución que sufría; le prevendría del fin en que había de terminar todo: entre aquella borrasca y tempestad iba al final a morir ahogado entre las olas. Muchas veces trataría con su Madre de estas cosas desahogándose. Ella entendía profundamente este misterio, lo aceptaba con plena conformidad, lo sentía con toda su ternura, y ofrecía su dolor llena de fe, porque su corazón es semejante, y muy unido, y casi uno con el corazón de su Hijo.

María de Nazaret, Madre de Jesús y Madre nuestra, ¿cuánto dolor le cupo a tu corazón? ¿Con qué desgarró escuchabas al Bien de tus entrañas anunciarte que ya estaba preparada la cruz en que debía morir? ¿Cómo se puede aceptar, Hija predilecta del Padre, que Dios te elija para sufrir el mayor tormento que pueda soportar madre alguna? ¿Con qué entregada obediencia, Esposa amada del Espíritu Santo, se logra asumir la ofrenda martirial de tu Hijo en auxilio y perdón de todos los pecadores? ¿En qué arca de silencio y fidelidad, Madre dulcísima de Nuestro Señor Jesucristo, guardaste la amargura incomparable que te causamos los hombres?

Siempre que la Virgen María pensaba en la pasión de Jesús, revivía, ahora desde su experiencia, lo que había profetizado Simeón: “Tu alma será atravesada como por un puñal”. Es de suponer que cuando miraba a su Hijo le resultaba difícil apartar de su mente los tormentos que sufriría en cada uno de sus miembros: imaginaba su cabeza incrustada de espinas, su cara abofeteada, la espalda sangrante de azotes, los pies y las manos clavados al leño, su pecho herido por la lanzada... Al abrazarle, abrazaba, juntos en su corazón, su cuerpo y aquellas torturas, y repetía el Cantar de los cantares: “Manojito de mirra es mi Amado para mí, yo le daré cobijo entre mis pechos”.

Se despertaba en la Virgen un grande y cada vez más ardiente amor. Con la luz del Espíritu Santo conocía bien la Majestad de Dios y la maldad de los hombres, la amargura del dolor que por ellos padecería. Y María “consideraba estas cosas en su corazón”, y advertía la grandeza del amor de Dios y el inmenso beneficio que hacía a todos los hombres. A este conocimiento correspondía ella en su humildad con un profundo agradecimiento a Dios y con un encendido amor por los hombres a quienes “Dios tanto había amado, que les entregaba a su Hijo”. Ella también, estimulada por la generosidad divina, deseaba emplearse toda entera en la salvación de los pecadores.

Nunca te canses, Santa María, Madre nuestra, de interceder por nosotros, que en ti se asienta nuestra esperanza y en ti confía nuestra pequeñez; pues, por nuestro bien, quisiste que se realizara

aquello para lo que vino al mundo tu Hijo: para derramar su sangre en pago de nuestra redención.

Estaba la Virgen María advertida, continuamente había meditado en la pasión de su Hijo, por eso vino a Jerusalén, porque sabía que aquella del jueves era la noche en que iba a ser entregado a la muerte. Entró, con las otras mujeres que de ordinario acompañaban a Jesús, en la misma casa donde su Hijo iba a celebrar la Pascua. Aunque probablemente desde otra habitación, iba enterándose de lo que el Salvador hacía, decía y mandaba. Preparó la cena, como en tantas otras ocasiones había hecho; ¿qué trabajo se le iba a hacer duro si su mismo Hijo lavaba los pies a sus apóstoles? Supo cómo su Hijo les daba a comer su Cuerpo y a beber su Sangre, y que les transmitía el poder de repetir este Sacramento para que durase hasta el fin del mundo.

Más que ninguna otra persona advirtió la hondura de este misterio y supo valorar la intensidad de este don de la eucaristía. Y este consuelo que le quedaba en la ausencia de su Hijo, y esta compañía en su soledad..., supo agradecerlos más que nadie porque estaba iluminada con la luz del Espíritu.

¿Oye, María, cuando murió el Señor y se reunieron en torno a ti todos sus discípulos para recordarle, qué apóstol quiso la Gracia de Dios que fuese el que bendijera el pan y el vino, como les enseñó Jesús, para entregarte por vez primera a tu Hijo en forma

de comunión? ¿Quién te dio de comulgar a ti, María, para confortarte? A ti que eres comunión perfecta con la Trinidad divina, a ti templo de Dios y primer sagrario, a ti sempiterna alianza eucarística con Cristo ¿quién te consoló la pérdida de tu Hijo devolviéndotelo vivo en la eucaristía? Guíanos, Madre, al encuentro con nuestro hermano Jesús en la hostia viva con que conmemoramos su muerte y su resurrección, y enséñanos a recibir con Él, en comunión de los santos, a cuantos familiares y amigos hemos perdido nosotros.

Aquella noche de Jueves Santo, la Virgen María oiría la larga despedida con que su Hijo se separaba de los apóstoles, y esperaría en un suspiro el final de aquella enamorada separación. Vio levantarse al Señor y a los apóstoles que le imitaron. Puestos en pie alrededor de la mesa de la celebración, les oyó concluir la fiesta dando gracias a Dios y “cantando el himno” que tenían por costumbre después de la cena pascual. *Este himno lo sabía bien María. Se lo había enseñado ella misma a nuestro Salvador cuando de niño rezaba y cantaba con Él.* Era un himno que contenía varios salmos de David, *justo aquellos en que se recuerda la maravilla de la liberación del pueblo hebreo de la esclavitud de Egipto, y aquellos versos fueron evocación y anuncio de salvación en labios del Redentor: “Alabad, hijos, al Señor...”, “ Amo al Señor porque escucha mi voz suplicante...”, “Dad gracias al Señor porque es bueno...”,* María, asomada al dintel de la puerta, entonaba bajito, acompañando la rudeza varonil que provenía del Cenáculo

con la dulzura y el recogimiento de su voz. Le vino a la memoria Nazaret y cerró por un instante los ojos, como intentando prolongar en ella aquel recuerdo. “Bienaventurados los que caminan limpios...” estaba terminándose el himno y acrecentándose la preocupación y el dolor. La Virgen María logró mantenerse en pie, no quiso sentar su pesadumbre antes de terminar de darle gracias al Eterno Padre.

Al ver la Virgen a su Hijo que invitaba a sus discípulos a prepararse para ir juntos a la otra parte del torrente Cedrón, a hacer oración como tantas noches, al Monte de los Olivos, se retiró para esperar a solas el último abrazo, la última despedida que tanto esfuerzo le había de costar.

Dios Padre contempla tu actitud, María, y aguarda confiado tu respuesta. Te hizo para estar por Él en este trance, para hablar por Él, para mirar por Él. Este es el momento en que “un pueblo de locos va a ultrajar su nombre y la vida de la tórtola es entregada a los buitres”. Ha llegado su hora, María, y también la tuya. La hora del sacrificio que sellará un nuevo Testamento, por más que sea entendida como la hora de la “contradicción en las intenciones de los hombres”; La hora de cooperar con tu Hijo en la expiación de los pecados del mundo, por más que sea la hora santa en que entregue su vida para redimirlo; la hora de que participes en el plan de Dios para la salvación de su pueblo, por más que sea la hora cruel en que “a ti te atravesase el corazón una espada de dolor”.

Le vio aparecer con la tranquilidad y el sosiego de siempre, la cara encendida por la larga conversación de después de la cena, pero más por la conmoción que sentía dentro. Delante de ella, con el amor que este Hijo sentía por esta Madre, le diría: “Madre, no vengo a decirte nada que no sepas ya; vengo a despedirme para... lo que ya sabes. Me he consolado muchas veces hablando de eso contigo. Da gracias a Dios, Madre, porque te ha cabido en suerte tener un Hijo que va a morir por la Justicia, pero la Justicia de Dios, por salvar a los hombres y hacerlos hijos suyos. Anímate, Madre, que el fruto es grande; todo pasará pronto y en seguida volveré a verte, y ya, inmortal y lleno de gloria. Al hacer esto cumplo el mandato de mi Padre, y hago su Voluntad. Me iré más consolado si tú te quedas un poco más consolada también. Tengo prisa, Madre; dame tu bendición..., y abrázame.

El corazón se le partía de dolor por el constante esfuerzo por obedecer y amar lo que Dios disponía. *Sus pupilas, reseca de llorar a solas, se contenían abrasadas de obediencia y ejemplo.* Y era grande su amor, pues pudo ofrecer al Hijo, a quien tanto quería; por la gloria de Dios, por la salvación de los hombres.

La Virgen quizá respondiera: “Hijo mío, que sea tu Padre quien te dé la bendición desde el cielo. Yo soy la esclava del Señor, que se cumpla en mí su Voluntad”.

Y Jesús lloró; se enterneció y lloró al ver el dolor de su Madre. Mudos los dos, hablándose ya sólo con el sentimiento, se echaron en brazos el uno del otro y, en silencio, se separaron. Ella le siguió con los ojos hasta perderle de vista. Y quedó sola.

¡Qué rectitud de aceptación la tuya cuando Jesús partió hacia el Viernes Santo! Sólo cupo una lágrima en tu llanto, una sola, María, y era suya.

<i>(El lector, sentado, aguarda un instante de silencio y reza en voz alta:)</i>

— Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo..., como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.